

Biblioteca-Films

N.º 156 • ÁGUILAS HUMANAS • 50 CTS.



BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Edición, Administración y Talleres:

VALENCIA, 234

Centro de Reparto de Publicaciones:

BARCELONA, 9

AÑO III



Teléfono núm. 958 G.

BARCELONA

Núm. 156



APARECER TODOS LOS MARTES

REVINADO POR LA CENSURA PENAL II

VARIÉTÉ

O

ÁGUILAS HUMANAS

Novela de honda emoción dramática, basada en la titulada

El juramento de Esteban Huller

de

Felix Hollanderschen

Exclusiva UFA - Universum Film, A.

Rambla de Cataluña, 9 - BARCELONA

Argumento de esta película

REPARTO:

Bos	Emil Jennings
Sir mager	MARY DELSCHATT
Berta Marin	Lya de Putti
Artilleri	WADWIK WARD

Registrada. Queda hecho e
de dedito que marca la ley

Prólogo

El director del Penal de I.L. se halla en su despacho oficial. Es un señor bajito enjuto de carnes, con barba blanca, muy cuidada, y una lentes de oro.

Después de leer una comunicación en forma de oficio, aprieta un botón y a poco preséntase un ordenanza.

Haga usted venir al número 28.

El ordenanza se inclinó y salió. Después de atravesar un larguísimo corredor y bajar unas escaleras oscuras y angostas, penetró en un inmenso local, completamente cerrado, donde se paseaban en fila, uno tras otro, los penados, con las manos esposadas a la espalda, formando un gran óvalo.

Todos visten igual: pantalón y chaquetilla blancos, y todos llevan a la espalda, en rojo, el número con que se los distingue, pues al entrar en el Penal todos pierden su personalidad y cada penado se llama el número tanto.



LYA DE PUTTI

Berta-Maria

En el centro del inmenso óvalo, un soldado con el fusil al hombro, monta la guardia.

El ordenanza va hasta el centinela y le da la orden recibida del director.

—El número 28!—voca el soldado.

Y rompiendo la fila, uno de los penados va hasta el centro, donde el centinela le da la orden:

—El director te llama.

—Sígueme—ordena a su vez el ordenanza.

Minutos más tarde el número 28 se halla en presencia del director del penal.

Este penado es un hombre de unos cincuenta años, grueso, musculatura de atleta, presenta en su faz las huellas de un gran sufrimiento: en nada parece un criminal.

—Síntese—le invitó el Director.

El penado obedeció tímidamente.

—Tu mujer no ha cesado de pedir a los poderes públicos el indulto, y, al fin, se ha solicitado mi parecer. Diez años llevas guardando el más profundo silencio acerca de las causas que aquí te han traído y ya es hora de que hables.

El penado número 28 hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¡Vamos!—insistió el Director.—¡Habla! Eso aligerará tu conciencia.

Nuevo signo de negación.

—He aquí la última carta que te escribe tu mujer—y tomando un papel de encima de la mesa, el Director leyó:



EMIL JANNINGS

Oes

Mi querido esposo: Nunca te hemos abundado, porque te hemos creído incapaz de una mala acción. Tanto yo como la hija, que está hecho un hombrecito, rogamos a Dios todos los días por verte libre y dichoso.

Te abrazan tu esposa e hijo.

Durante la lectura de esta carta, los ojos del preso se nublaron y cuando terminó, apoyó su cabeza en el borde de la mesa rompiendo en un llanto acconojado.

—¡Vamos, soslégate!

El penado levantó la cabeza, limpió sus lágrimas con las mangas de su chaqueta y después de serenarse un tanto, con la voz entrecortada por la emoción, dijo al Director del Penal:

—Vá usted a saberlo todo. Mi odisea comenzó en Hamburgo. Es una novela muy interesante y muy triste. Oigame.

Y Bos—que tal es el nombre del penado—relató todos los detalles de su novela, llena de interés y honda emoción como verá el lector.

En vez de hacer este relato subjetivamente, como lo hizo Bos, lo serviríamos al lector en forma objetiva.

CAPITULO PRIMERO

El Circo de Bos

Bos es un atleta de circo que, después ahorcar, a fuerza de privaciones, algunos miles de marcas, ha adquirido un circo ambulante modestísimo con el que recorre el mundo en compañía de su mujer y de su hijito de pocos meses.

Ni envidioso ni envidiado, Bos vive feliz en su casa ambulante, consistente en un furgón habilitado como vivienda: un dormitorio, una cocina que sirve al mismo tiempo de comedor y un cuartito que utiliza como vestuario y ropero.

Conocemos a Bos en Hamburgo. Allí, durante las fiestas populares de un barrio, ha plantado su circo de luna.

Ante la puerta del circo Bos, éste vestido con un frac viejísimo, pero limpio y corbata blanca, voca ante la abigarrada multitud de chiquillos, marinos y erizadas:

—Entren, señores y caballeros, si quieren

ver el espectáculo más maravillosa y sorprendente del siglo veinte. Para que se perraten que no miento, ahora mismo van ustedes a admirar, sin pagar ni una gorda, a los actantes de mi circo... ¡Admiren ustedes, a los mejores premios de belleza del mundo!

Se corrió una cortina y aparecieron tras ella seis mujeres a cual más fea, pero muy pintadas y estucadas.

—¡Juventud!— anunciaba Bos—. ¡Plasticidad!... ¡Gracia! ¡Quinientos francos al que prueba que no digo la verdad! Las artistas van a prepararse y vestirse para el espectáculo.

Y haciendo lo contrario de lo que Bos anunciaba, las seis mujeres se despojaron de sus abrigos y quedaron mostrando sus formas, cubiertas solamente con un mallot, adornado con lentejuelas. Y Bos proseguía aún con más entusiasmo:

—¡Quinientos francos a quien pruebe que no digo la verdad!... ¡Cinuenta céntimos la localidad! ¡Precio único!... ¡Pasen ustedes y elijan el mejor sitio!

Y al decir esto, Bos se senta al lado de una mesa situada en el mismo estrado y los mirones se determinan a tomar entrada que el mismo Bos le expende.

Todo el programa del Circo Bos se limita a la actuación de un "jongleur", cuatro saltarines, dos payasos y una "troupe" de alambristas. Pero el público queda satisfecho del espectáculo y Bos gana lo suficiente para

mantenerse y casi para mantener a su familiar compañía.

Ameniza el espectáculo un piano, tocado con bastante imperfección por la esposa de Bos.

La función de la noche ha terminado. Poco a poco los asistentes van despejando el local. Bos apaga los velones encerrados en globos esmerilados, mientras su señora vigila que no quede ningún vagabundo debajo de los bancos. Después de lo cual, ambos van a su habitación establecida en el furgón que antes hemos descrito.

Después de la frugal cena Bos va hasta la cuna donde descansa su hijo, a quien tapa y contempla con embelleza.

En este paternal menester se hallaba cuando llamaron a la puerta.

—Bos, llaman—le dijo su esposa.

—¿Quién será a estas horas?... Voy a ver.

Fue Bos hasta la puerta que abrió. Ante él se hallaban un viejo marinero, al parecer conocido de Bos, y una joven, muy hermosa, cubierta con un manto que llevaba echado a la cabeza y que le cubría la mayor parte del cuerpo.

—Hola, Bos, ¿cómo estás?

—Bien y tú?—contestó Bos con voz breve, como de mal humor.—¿Qué quieres a estas horas?

—Ya verás. Acabamos de llegar de San Francisco. Traíamos a bordo a una mujer y



—Te será de mucha utilidad. Bella como una peonza.

a su hija... Al pasar por Cabo Verde, la mujer la *dió*... La hija es la que te traigo.

Con la pretensión, por supuesto, de que forme parte de mi compañía ¿verdad?

—Clara.

—¡Oh!... ¡Claro, claro!... ¿Y qué sabe hacer?

—Te será de mucha utilidad... Baila como una puerca.

La esposa de Bos, que había seguido la conversación desde el comedor, se acercó al grupo formada por su esposo y los recién llegados y al ver el rostro perfectísimo de la joven, replicó de mal talante y con desprecio:

—Son muchas ya las que debemos mantener.

La joven bajó sus hermosos ojos. Bos, sin casi fijarse en la muchacha dijo breve, pero resolutamente, como queriendo contradecir a su mujer, por meterse donde no le importaba:

Eso no es cuenta tuya. Se quedará con nosotros.

La mujer del manto sonrió agradecida, y Bos inquirió del marino:

—¿Cómo se llama?

—Tiene un nombre muy difícil de recordar; pero nosotros, desde el primer momento, la hemos puesto en el barco el nombre de Berta María.

—Está bien. Berta-María, pasa ese cuarto... Mañana te proparé.

La esposa de Bos rehusó, pero tuvo que acatar la decisión de su marido.

El marino se despidió y Bos cerró la puerta, mientras Berta-María pasaba al rincón del furgón que formaba como una habitación, separada del resto del coche por una cortina.

Se quitó el manto con que se cubría y apareció vestida sólo con un mallet y sobre el mismo, un ligerísimo adorno, más que vestido, que le cubría ciertas partes del cuerpo: traje de bayadera griega. Era su indumento para el baile.

Bos descorrió la cortina tras de la que se escondía la recién llegada y quedó deslumbrado de su belleza. Y es que Berta-María es una joven de una hermosura deslumbradora y de un cuerpo de escultura griega.

Pero el atleta fingió indiferencia, dibujó un gesto de desprecio y volvió a correr la cortina, yéndose pensativo a su dormitorio.

Bos parecía luchar con una idea fija que le torturaba el alma.

Su esposa se había acostado; él iba a verificarlo cuando oyó los lloros insistentes de su hijo que dormía muy cerca de donde se albergaba Berta María.

Bos salió de su cuarto, se dirigió al del pequeño y al ver que Berta-María acariciaba al niño para hacerlo dormir, flechó en la joven una mirada que lo mismo podía interpretarse de amor como de odio. Fué una mirada honda, profunda; pero que no dejaba sorprender

los sentimientos que en el pecho de Bos se abrigan.

Berta-María sonrió con daltura al atleta; mas éste frunció el entrecejo y dió tan tremendo bofetón a la joven que ésta cayó de espaldas sobre un mueble, gracias al cual no dió con su cuerpo en el suelo.

Berta-María se llevó la diestra a su racarado carrillo que se había vuelto de un rojo-amarillo, y dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

Bos hizo callar al rero y se disponía a irse; mas la linda bailarina se acercó a él con ojos suplicantes y le dijo con acento dulcísimo de esclava:

— ¡Dispénsame si te he ofendido!

— ¡Vete!—ordenó imperativo Bos, señalando el rincón donde debía guarecerse.

Sin replicar, temerosa, Berta-María fué retrocediendo hasta su camastro. Bos fué a su cuarto. Al meterse en cama, una lágrima surcaba su mejilla. Lágrima que es como la lava de un volcán cuyo fuego palpita en su alma. ¡Luchan en su espíritu el espeso y el hombre; el ángel y la bestia; el genio del mal y el espíritu del bien!... ¿Quién ganará?

CAPITULO II

Triunfa el hombre

Al día siguiente, cuantos transitaban ante el Circo de Bos leían este llamativo cartel, pintado a mano en un gran cartón:

¡La nunca vista!... ¡La mejor maravillosa!

¡La más hermosa del mundo!

Danzas antiguas

por

El Hechizo de Oriente

En la sesión de aquella noche el circo se llenó de bote en bote.

Todos esperaban el espectáculo anunciado con tales calificativos: *la mujer más hermosa del mundo* había llenado el local.

Cuando apareció Berta-María, sanó un aplauso en la sala. Bos, que se hallaba entre bastidores, sonrió de satisfacción.

Empezó la bailarina su número con unas contorsiones imitando una danza griega.

Los espectadores se comían materialmente a la muchacha con la vista. Algunos marineros con ojos de sátiro, babeaban palabras gro-

seras que llegaron a los oídos de Bos. A juzgar por la cara que éste ponía, no le fueron muy agradables tales propósitos.

De súbito, uno de los músicos se levantó de su asiento y atraído por la belleza corporal de la bailarina, subió hasta el escenario respirando lascivia.

Bos le vio y furioso, salió hasta el proscenio y anunció con voz de trueno: "¡La función ha terminado!... ¡Largo de aquí todo el mundo!"

Berta-María, temerosa, fué a ocultarse al cuartito que le servía de camerino.

El músico que había osado subir al escenario para contemplar de cerca las formas de la bailarina quiso protestar; pero Bos insistió colérico: "¡No has oído?... ¡He puesto fin a todo!... ¡Todo ha terminado!"

El público gritó, protestó, pateó; pero en vista de la actitud resuelta de Bos, acabaron por desalojar al local refunfuñando.

Cuando todos hubieron salido, la esposa del atleta, que se sentaba al piano, le preguntó:

— ¡Qué pasa, Bos?

— Cierra el circo y apaga las luces.

Mientras aquella obedecía, el atleta quedó un momento ensimismado, con la cabeza gacha, clavado en el escenario.

Como si despertara de un sueño y tomara una determinación, Bos se vuelve, y con paso lento, se dirige al camerino de Berta-María; párcase un momento a la puerta; mas de pron-

to, como si hubiese resuelto un problema, abre la puerta y penetra en el camerino.

Berta-María estaba despojada de sus vestidos, e instintivamente, tomó una pañoleta de repa y se la aplicó sobre el pecho ocultándose a los ojos del amo.

Éste la contempló con una mirada profunda, indefinida. Berta-María, retrocedió espantada, dirigiendo a Bos una mirada de piedad. Luego avanzó un paso y como implorando misericordia murmuró:

— ¡Pardóname!

Bos cambió la expresión de su rostro, avanzó hacia ella anhelante, y abriendo sus brazos, la apretó contra su pecho. Berta-María, sonriendo, se miró en sus pupilas, con la boca entresabiada, convidando al beso.

— ¡Oh, Bos! — clamó Berta temblando de placer.

— Berta, Berta!... ¡Te amo!

Y sus bocas se juntaron en un prolongado ósculo.

Bos, anadecido de placer dijo a la bailarina:

— Berta-María, esta noche partiremos juntos.

— ¡Sí!

— Por ti abandono a mi mujer y a mi hijo... ¡No le olvides jamás!

— ¡Jamás la olvidaré, Bos!

Estas palabras habían sido oídas por la esposa de Bos, la cual, después de cerrar la puer-

ta exterior del circo y apagada las luces, se había acercado a la puerta del camerino de la bailarina temerosa de que su esposo la traicionara. "¡Oh! No me equivoqué. Bos ama a Berta... ¡Me abandona! ¡Abandona a su hijo!... ¡Ortinal!"

Y la esposa mártir se dejó caer sobre un banco, se tapó la faz, harrizizada, y lloró su desventura con lágrimas de dolor.

CAPITULO III

Idolatría

Ha transcurrido el tiempo.

Trasládemos a Berlín y asistamos a una de las sesiones de "Varietés" en el "Winter Garten" o "Jardín de Invierno", uno de los mayores y más lujosos Coliseos del género de Europa.

Allí vemos a los acróbatas más sorprendentes que causan emoción bendita con sus arriesgados ejercicios y sus saltos prodigiosos; allí, los domadores de fama mundial, ponen sus vidas a merced de las fieras; allí, las bailarinas y las "troupes" de más renombre son la admiración de las multitudes; saltarines, clowns, malabaristas, equilibristas, "jongleurs" todos son contratados para hacer olvidar a las multitudes los momentos tristes de la triste vida.

Y en el mismo Berlín, pero en un circo más modesto, dos artistas recién llegados a la capital, llaman la atención del público con sus ejercicios atlético-coreográficos. Estos dos artistas anunciados con el nombre de "Los Bos", son Bos y Berta-Maria. Por su simpatía y su arte se han captado la simpatía del numeroso público que cada día acude a admirarlos.

Conozcamos a la nueva pareja en su vida familiar e íntima.

La amabilidad de Berta-Maria, su hermosura y su melifluidad de carácter, han robado de tal modo la voluntad y el cariño de Bos, que es difícil que un hombre pueda llegar a amar a una mujer con una tal fuerza y entusiasmo. Bos está loco de amor por su nueva compañera y ésta parece corresponderle en igual forma haciéndole el hombre más feliz de la tierra, si es que en la tierra puede existir la felicidad. El amor por Berta-Maria le ha hecho relegar al olvido a su legítima mujer y a su hijo... Y si bien, de vez en cuando, el gusano roedor de un remordimiento torturante, le amarga el alma, las caricias en brazos de la mujer amada son el lenitivo y como el endulzamiento de este dolor.

Bos y Berta ya no viven en un furgón o carrión, como en su vida errante, pues aunque errante es la de ambos, como la de todos los artistas del género que cultivan, viven hoy como realquilados en una modesta vivienda.

Bos previene a su esposa con mil delicade-

zas sugeridas por el amor; no permite que se levante hacia bien avanzada la mañana; haciéndolo él al abrigo de la campana del carro distribuidor de la leche; hacíala entonces con un pote a hervirla, la hacía hervir y preparábale el café con leche que le servía en el lecho. Durante las enajenadas siempre eran para Berta los mejores bocados, y la mayor parte de lo que ganaban en su conjunto trabajo, lo destinaba Bos para adquirir los mejores vestidos y las alhajas más preciosas para su querida Berta; todo era poco para ella. Su amor era ya una exageración; Berta-Maria era para Bos como una divinidad y ya no era cariño lo que sentía por ella, sino, más bien, idolatría.

CAPÍTULO IV

Los Artinelli

En el "Winter Garten" de Berlín se ha anunciado un nuevo debut, "Los Artinelli".

Pocas horas antes de la función se presentó en la dirección del citado coliseo un joven de gentisimo preguntando por el gerente.

Se le anunció un señor.

—¿Por quién pregunta usted, caballero?

—Entregue usted esta tarjeta al Empresario.

La tarjeta contenía sencillamente estas dos palabras:

Los Artinelli

Fue introducido en el acto al lujoso despacho.

—¡Hola, amigo Artinelli!... Hay una especulación enorme para admirar su trabajo.

—A eso venía. Hoy no podremos debutar.

—¡Hombré!... ¿Por qué?

—Anteayer, durante la función de despedida, mi hermano sufrió un grave accidente; en el Coliseum de Londres... Imposible, por lo tanto, nuestro debut aquí, anunciada para esta noche... Es una fuerza mayor...

—¡Oh, amigo mío, no puede usted figurarse cuánto siento el percance por los perjuicios que me va a irrogar el accidente!

Momentos más tarde, se añadía a los carteles esta nota:

Los Artinelli no podrán debutar, según estaba anunciado, pues uno de ellos sufrió anteayer un grave accidente en la función de despedida, en el Coliseum de Londres.

La Empresa.

En la función de la noche del "Winter Garten" asiste, como simple espectador, el célebre Artinelli —que debía ser el número sensacional— en compañía de su agente Kler.

Después de los primeros números, el joven Artinelli se vuelve a su agente y le dice:

—Vámonos, Kler! Todo esto me hace recordar a mi pobre hermano.

—¡Vámonos!

Salieron ambos del "Winter Garten" y se

fueron a sentar en la puerta de uno de los cafés más concurridos por los tramachadores berlineses.

Ante ellos pasó, momentos después, un hombre con un farol-aviso que decía:

Circo Prisel

Rey debut de los "dos Bos"

¿Quiénes son éstos? preguntó Artinelli.

—Este Bos—contestó Kler—es un famoso atleta, que hace su reaparición en Berlín con una nueva artista, una mujer bellísima. Los dos vienen de Hamburgo y ambos son artistas dignos de la capital.

Ya no hablaron más de los Bos, pues Artinelli no los conocía y no les dió importancia; pero a la mañana siguiente, al volverse a hallar Artinelli con su agente, éste le dijo:

—Amigo mío, le he encontrado un compañero ideal:

¿Y es?

—Bos y su compañera.

—Hombré, Kler, no pueda juntar mis destinos a dos artistas desconocidos.

—Es que usted no conoce a esta pareja; le aseguro que valen.

—No es posible: perdería mi prestigio presentándome en escena con un saltimbanqui.

—¿Qué barbaridad, Artinelli!... ¡Bos un saltimbanqui! Este hombre es un "as" y la mujer que le acompaña, lindísima, de una belleza

incomparable. Uníendose a usted con ellos formarían un trío más extraordinario del mundo.

—Amigo Kler, así me tiene usted convencido.

—¿Quiere convenirse del todo, Artinelli?

—¡Hambra!

—¡Vamos a verlos.

—Vamos.

—Hoy en arán en el "Circo Prisel".

Media hora más tarde, Kler y Artinelli llegaron a las inmediaciones de aquel circo; y dio la casualidad que de uno de los coches-habitaciones que servían de vestuario a los artistas, saliera Bos, al pasar el agente Kler y Artinelli ante aquel lugar.

Bos, al reconocer al agente, avanzó hacia él:

—Hola, amigo Kler, ¿qué hay de nuevo?... Ya sabo que he cambiado de programa... Ahora trabajo con...

Lo sé, lo sé, querido Bos—interrumpió el agente—o hizo las presentaciones—mi amigo Bos, un atleta formidable; mi amigo Artinelli, el "as" del trapeo.

—¡Tanto gusta...!

Es una verdadera satisfacción para mí conocer a uno de los Artinelli de fama mundial.

—Pues para hablar con usted veníamos, Bos—avanzó Kler.

—¿Quieres entrar...?

—Muchas gracias—prosiguió el agente—Escuche, Artinelli se halla ahora solo, pues su

hermana tuvo últimamente un grave percance en el Coliseum de Londres.

¡Cuánto lo siento!

—Y quisiera que os juntarais a él, o él a vosotros, como queráis...



Poé una mirada honda, profunda. (Pág. 13)

Bos inclinó la cabeza y quedó un momento pensativo.

En aquel momento, por uno de los ventanillos del furgón, que servía de camarino a los Bos, Berta-María asomó su esplendoroso busto. Artinelli la vió y le dirigió una mirada de fuego. Desde aquel momento el joven

y célebre trapecista quedó prendado de aquella mujer.

—¡Si usted acepta, Bos, nos presentamos mañana misma en el "Winter Garden"!—

Bos se dirigió a su mujer:

Berta, Artinelli ha venido a ver si queremos trabajar con él en el "Winter Garden".

—¡Y no te alegra esa proposición, Bos?— inquirió Berta — ¡Acepta!...

Artinelli volvió a mirar a Berta-María, dibujando su labio una sonrisa de agradecimiento y su cabeza un casi imperceptible movimiento de saludo cortés, cariñoso. Berta, animada por este signo inequívoco de satisfacción, prosiguió diciéndole a Bos, quien parecía aún indeciso:

—¡Hazlo por mí!

¡Qué le podía negar Bos a aquella mujer, por quien había abandonado a su esposa y a su hijo y a quien amaba tan tiernamente?

Al oír las últimas palabras de Berta, Bos le dirigió una mirada iluminada por gentil sonrisa como diciéndole: "¡Por ti lo hago, amada!", y volviéndose a Artinelli a quien tendió su mano, asintió:

—¡Acepto, Artinelli!

Ambos artistas apretáronse sus diestras en señal de asentimiento y firma de aquel contrato del que surgía la nueva "troupe" LOS TRES ARTINELLI.

Al despedirse Artinelli de sus nuevos amigos — Berta-María había descendido hacia don-

de se hallaban los tres, tendió la mano a la joven sujetándosela de un modo tal, que ella se estremeció.

CAPÍTULO V

El debut.

Al día siguiente, las carteleras del "Winter Garden" anunciaban el debut de la "troupe" "Los tres Artinelli" trapecistas-meróbutas.

El público respondió, llamando al Consejo, pidiendo que fijase en la taquilla el consabido cartelillo: *Apotadas todas las entradas y localidades para la función de esta noche.*

Todos esperaban la aparición de los tres artistas que, según estaba anunciado, debían ejecutar arriesgados ejercicios cambrados en los trapecios, a una altura de más de quince metros.

"Los tres Artinelli" debían constituir el último número y como el "clou" de la fiesta.

Al aparecer los tres atletas resonó en la sala un aplauso oírado, ensordecedor, al mismo tiempo que millares de pupilas se posaban en el cuerpo esbelto, perfectísimo de Berta-Maria.

Los tres saltaron al mismo tiempo desde el escenario, y por una escalera que se había colocado a un lado del mismo, bajaron a la rotunda formada en la immense plaza. Por

unas cuerdas, y a pulso, treparon hasta una altura considerable, hasta una pequeña plataforma sostenida por cables; Artinelli y Berta, y Bos hasta un trapecio bastante alejado de aquella plataforma.

Bos se suspendió por los pies al trapecio, dió una palmada y desde la plataforma donde se hallaba, Artinelli se agarró a otro trapecio y se dejó ir en un tremendo balanceo hasta donde se hallaba Bos, aquel se soltó y fué cogido por éste por las muñecas.

Así agarrados, Berta dió impulso a uno de los trapecios y Bos, siempre suspendido por los pies, y balanceándose, soltó a su compañero, quien se agarró al trapecio lanzado por Berta-Maria y llegó hasta ella, quedando de pie en la plataforma.

Varias veces volvieron a ejecutar tan difícil a la par que emocionante y arriesgado ejercicio que ponía a los espectadores en una terrible tensión de nervios.

¡Asemejaban águilas humanas!

El éxito alcanzado por los tres Artinelli fué rotundo y el entusiasmo que despertaron, enorme, tanto es así que la Empresa que sólo les había contratado para cinco días, les ofreció un contrato mientras durase la temporada de Círcos y Varietés, en condiciones verdaderamente excepcionales.

Después de la acción del debut, Kler, el agente que ya conocemos, decía a Berta-Maria:

—¿Qué suerte tiene usted, señorita, de trabajar con Artinelli?

—Con ser tan buen artista—respondió la hermosa muchacha—es todavía mejor camarada.

—Yo en su lugar...

No acabó Kler la frase, porque vió que se acercaban Bos y Artinelli conversando. Oigámosles:

—¡Afortunado Bos!—decía el rey del trapacio—. ¡Tiene usted una mujercita que no se la merece!

—Ya lo ves, Artinelli, somos los seres más felices de la tierra.

En esto, los dos atletas llegaron hasta donde se hallaban Berta y Kler.

—¿Sabéis lo que he pensado?—les dijo Artinelli—para celebrar nuestro triunfo voy a invitar a cenar a todos los artistas de la compañía.

—Te va a costar un plico.

—No importa. Nuestro éxito vale una cena.

—Y la cena te va a costar un ojo.

Un ojo no; pero lo que sea se pagará.

Hallábanse los interiores en uno de los pasillos de los camerinos. Artinelli llamó a uno de los ujieres y le ordenó:

—Avisa a toda la compañía de que hoy les invito a cenar en el Restaurant de "Winter Garden".

—¿A todos?—inquirió el ordenanza.

—A todos; hasta a los empleados. Anda deprisa antes de que se vayan.

El ordenanza obedeció.

—Y ahora—prosiguió Artinelli dirigiéndose a Bos—me va usted a permitir que regale a nuestra compañera un recuerdo de nuestro debut.

—Sí, hambre, sí; lo que quieras.

—Berta-Maria, acepta este pequeño obsequio como recordanza del primer día que hemos trabajado juntos.

Y le presentó un hermoso estuche.

Berta-Maria lo abrió y quedó deslumbrada: era un precioso anillo de platino con un solitario enorme.

—¡Oh!—clamó Berta, al contemplar aquella joya—. ¡Qué preciosa sortija!... ¡Gracias, Artinelli!

—Póntelo, póntelo—dijo Bos—, lícelo hoy durante la cena.

Media hora después, en el Restaurant del "Winter Garden" se celebraba el banquete ofrecido por Artinelli para conmemorar el debut con sus nuevos compañeros.

Treinta comensales se sentaban a la mesa que fué servida con una espléndidez primer-pesea.

Durante el banquete reinó la más franca camaradería y la mayor alegría.

Lo presidía la hermosa Berta quien tenía a sus lados a Bos y a Artinelli.

Este hacía objeto de sus constantes agasa-

jos a su linda compañera, y Bos, confiado, no se apercibía de ello. ¡Tan cierto estaba de que su amada no podía ser más que de él!... ¡Había hecho tantos y tan enormes sacrificios por ella!

Transcurrió la cena en un "crescendo" de alegría que llegó a un "fortissimo stridente" al llegar al champán.

Como final de fiesta, todos los artistas, unas tras otras, fueron luciendo alarde de sus habilidades, ejecutando encima de la mesa, sus ejercicios acrobáticos, malabares, equilibristas, cómicos, coreográficos en medio de una risa y jolgorio generales, y de un verdadero río de champán.

—¡Que baile la hermosa Artinelli!—gritó uno.

—¡Que baile, que baile!—vocearon todos.

Se referían a Berta-Maria, quien subió sobre la mesa y ejecutó unas danzas egipcias que dejaron sorprendidos a cuantos la admiraban.

CAPITULO VI

La caída

Ya había salido el sol cuando los artistas del "Winter Garden" se retiraban casi beodos algunas; la mayor parte, completamente ebrios, teniendo que ser acompañados a sus casas por sus compañeros menos bebidos.



—Berta, Berta! Te amo. (pág. 17)

"Los tres Artinelli" tomaron un taxi para dirigirse a la pensión de artistas en donde tenían establecida su morada, adonde llegaron a las seis de la mañana.

Los doce del día serían, cuando Bos se vistió y salió sin antes avisar a su compañera que quedaba en cama.

—Berta, estaré de vuelta dentro de una hora.

Al pasar Bos por el pasillo, frente al cuarto de Artinelli y verlo aun cerrado pensó: "Ese demótico de Artinelli aun duerme como una momia."

Y, sin embargo, no era así, pues el artista hacía más de dos horas que estaba vestido y se paseaba por su habitación con el pensamiento fijo en la bellísima compañera que le había robado la tranquilidad.

Artinelli había pasado cuatro horas en el lecho sin poder cerrar los ojos; su mente atorada ardía en deseos por la mujer amada.

Ahora se hallaba en su habitación anhelando la posesión de Berta María y considerando el modo de poseerla. "No me será difícil alcanzar los favores de Berta, pues entre Bos y yo la elección no es dudosa: Bos pasa ya de los treinta y cinco y yo aun no he cumplido treinta. Además como tipos... Supongo que no me será difícil conquistarla."

Estos pensamientos ensombrecían la luz de su conciencia como los nubarrones arremolinados por un viento huracanado, pasan ante la

luna ocultándonos momentáneamente su claridad.

Artinelli se asomó a su ventana y vió en la calle a Bos que acababa de salir de la pensión. "Berta debe estar sola"—monológalo. —"Si pudiese llegar hasta ella."

Abrió la puerta de su habitación y al ir a salir vió como la mujer de sus deseos llegaba por el pasillo.

Se hizo el encontradizo con ella.

—¡Buenos días, Artinelli!

—¡Buenos días, Berta!... ¿Ha pasado usted buena noche?

—Bien ¿y usted?

—No he dormido mucho... ¿Sabe, Berta-María, que nos ofrecen a los tres un ventajoso contrato para América?

—¡Ah! ¿sí?

—Entre en mi cuarto y se lo explicaré.

Entró primero Artinelli y tras él, Berta; mas ésta dejó la puerta abierta y se quedó muy cerca de ella como cohibida y temerosa.

—Cierre la puerta—ordenó Artinelli—. Hay corriente de aire.

La joven entornó la puerta, como avergonzada de hallarse sola en el dormitorio de su compañero.

Pero éste echó la llave y se la metió en el bolsillo.

—¿Qué hace usted, Artinelli? —interrogó ella amedrentada.

—Nada tema, Berta—contestó él, acercán-

dese violentamente a la joven y agarrándola por los brazos.

—¡Por Dios, Artinelli!... ¡Déjeme!

Y forcejaba para despegarse de sus manos.

—Pienso, Berta, que sin mí aun estarías por esos caminos de Dios, de feria en feria.

—Pero eso ¿qué tiene que ver para que así...?

—¡Ingrata!

—¡Déjeme!

—¡No seas chiquilla!

—¡Artinelli!

—¡Berta-María!... ¡Te amo!... ¡Te amo y no puedo vivir sin tu amor!

—¡Oh!... ¡Por Dios, Artinelli!

—Es inútil: has de ser mía de grado o por fuerza...

Y al decir esto, él la atrajo hacia sí con pasión desbordante. Ella ya no forcejaba, ni protestaba: se dejaba hacer. Artinelli, después de besarla apasionadamente y de haber librado las nárices de sus labios, prosiguió mirándose en sus pupilas:

—¡Berta-María, ya soy el más feliz de los mortales! Me miro en el espejo de tus ojos y me parece que leo el amor que hacia mí sientes... ¡Me amas, me amas!

—¡Te amo!—pronunció Berta, rubelante de felicidad, en un arrobamiento extático, enardecida por la pasión de su amante.

Sus bocas volvieron a juntarse.

Después... después, cuando Berta-María salió de la habitación de su amante, ya hacia

tato que Bos la esperaba en el comedor de la casa.

Disimuló su emoción ante Bos, procurando observar la misma indiferente actitud que antes, en presencia de Artinelli; si bien, alguien que les observase atentamente, podía sorprender, en sus miradas furtivas, los sentimientos de un encendido cariño y los signos inequívocos de una inteligencia.

Aquella misma tarde, Bos, Artinelli y otros artistas jugaron a los naipes. Bos ganaba indelectiblemente cada partida.

Artinelli le dijo:

—Me parece, Bos, que tienes tantas suerte en el juego como el amor.

—Por hay por hay...

Y Artinelli guiñó el ojo a su amada.

CAPÍTULO VII

Idilio

Un botones había entregado a Artinelli un sobre, en ocasión en que se hallaba junto con sus compañeros de trabajo.

—¿Si me permiten...? —solicitó Artinelli rasgando el sobre.

—¿Es alguna invitación? —inquirió Bos.

—Sí—contestó Artinelli, y la leyó:

UNION DE ARTISTAS DE BERLIN

Invita al señor Artinelli a las fiestas de Primavera, señaladas para el 15 de mayo, en el Parque de los Tilos.

La Conversación.

—¿Iremos?—preguntó Artinelli.

—¿Es para hoy?... No puedo ir—contestó Bos—. Estoy citado con un Empresario.

—No sabes cuánto lo siento—observó Berta-María—. Me hubiese gustado ir a esa fiesta... Tanto más que hoy no trabajamos.

—¿Por qué no vas?—le dijo Bos.

—Sin ti.

—Si Artinelli quiere llevarte...

—¿Por qué no?—respondió Artinelli—. Con mucho gusto.

—Muchas gracias. Iré, iré—manifestó Berta, sin expresar demasiado contentamiento y disimulando la inmensa alegría que le causaba pasar una noche con el amado de su corazón, con el hombre que le había hecho gustar las delicias de un amor ardiente.

Aquella tarde fué la más terriblemente larga para Berta-María... Nunca había estado tan alegre ni tan nerviosa.

En los momentos en que se hallaban juntos los tres Artinelli procuraban ambos amantes disimular cuanto podían sus sentimientos; pero no tanto que una persona experta en la psicología amorosa no adivinase en sus mi-

radas furtivas el fuego que les abrasaba, la sed de amor que sus pechos sentían.

Ya hemos dicho que el confiado Bos no barruntaba ni por asomos la traición de Berta; ni la barruntaba ni creía que la joven fuese capaz de una tal villanía. Estaba tan seguro de ella como de sí mismo, y tanto que nunca se había preocupado de que los hombres alaharan la belleza de la mujer con quien había juntado sus destinos: era natural que así lo hicieran, o a lo menos así lo creía él.

En una palabra, Bos no celaba a su esposa... ¿No le había dicho al juntarse con ella: ¡Por ti abandono a mi mujer y a mi hijo...! ¿No le olvidos jamás?...? "Luego"—pensaba—"puedo quedar tranquilo... ¡Berta-María me ama y no puede amar a nadie más que a mí!"

Así pensaba el desventurado Bos, sin otros considerandos... El era un hombre rudo, pero recto y de un excelente corazón, incapaz de faltar a la palabra dada y juzgaba a sus semejantes por los sentimientos de su corazón.

¿Qué entendía él de la psicología de la mujer, caprichosa como una sensitiva?... Así se comprende como permitiera que, después de cenar, y mientras él iba a entrevistarse con uno de los Empresarios que lo había citado para aquella noche, permitiese a Berta-María salir en compañía del ave de rapina que se había introducido tan de sopetón en su palomar para robarle su palomita amada, su único tesoro, por quien había sacrificado a los

dos seres más adentrados en su alma: su esposa, su legítima amor y su hijo amado.

Terminada la cena de aquel día y ya de sobremesa, Bos dijo a sus compañeros:

—Bueno. Yo me voy a ver al Impresario, pues estoy citado para las diez. Que te diviertas.

—Gracias, Bos —contestó Artinelli.

Adios, querido —se despidió Berta y añadió hipocritamente: —Qué triste voy a quedar sin tí!

—Vaya, no seas niña y diviértete. Hoy me es imposible acompañarte.

—¡Cuánto lo siento, querido!

—Hasta luego.

Los amantes se quedaron aún algunos instantes en el comedor. Sus pupilas, por más que ambos se forzaban al disimulo, decían con harta elocuencia la alegría en que se bañaba su alma.

—¡Vamos, Artinelli!

—¡Vamos!

Se levantaron. El ayudó a Berta-María a ponerse el abrigo y minutos después tomaban un coche muy cerca de la pensión de artistas.

—Al Parque de los Tilos? —ordenó Artinelli al auriga.

El idilio comenzó ya en la estrecha caja del coche, donde se hallaban apretujados a placer y donde cogidos del brazo y mano sobre mano fueron vertiéndose en el alma, en un caluroso diálogo, los efluvios ardorosos de sus



Como final de fiesta, inicia los artistas fuertes haciendo alarde de sus habilidades.
(pág. 39)

pechos ardientes; diálogo ilustrado de tanto en tanto con algún beso, sobre todo cuando el coche pasaba por lugares no concurridos.

Aquel viaje, que a gloria les supo y a cierto, por lo sabroso, fué como el vermouth de aquella noche que iban a pasar juntos: juché de amor!

Al Parque de los Tilos llegaron antes de lo que ellos desearan; ¡tan bien lo habían pasado en aquella estrecha caja rodante, pues parecía que a la dicha les llevaba, dicha que ya empezaban a gustar tan a placer!

El Parque de los Tilos rebullía en un maremagnum bulliciosa, ávido de divertirse. El Parque estaba convertido en un hervidero de atracciones que funcionaban con un ruido ensordecedor; montañas rusas, toboganes, water-chute, tics vivos, teatros al aire libre y otras mil atronadoras atracciones.

Lo más notable y que más llamó la atención del innumerable público que llenaba el Parque fueron los esplendorosos castillos de fuegos de artificio, disparados en el grandioso estanque. Estos fuegos, con sus cascadas luminosas, sus inmensas ruedas y figuras, reflejándose en las tranquilas aguas del inmenso lago, eran de una grandiosidad sublime...

Pero todas aquellas atracciones, aquellos castillos de fuegos artificiales, con llamar mucho la atención de Berta y Artinelli, no les llenaba gran cosa el corazón.

—¿Qué parece todo esto, Berta-María?

—Muy precioso; pero... ¡hay tanta gente!

Aquella exclamación era todo un poema: "¡hay tanta gente!"

El verdadero amor busca la soledad en compañía del ser amado... Poseyendo al amado, posee ya todos los tesoros del mundo... El amor verdadero quiere silencio, quietud, tranquilidad; es enemigo del barullo que le distrae de sus afecciones más secretas... ¡Amor es unión íntima de dos seres que se eliminan del mundo que les rodea para vivir una vida espiritual, vida de sentimiento!... ¡Amor es vida del alma que exige alejamiento de los agentes exteriores que la ahogan!

—¡Hay tanta gente! — clamó Berta-María con un dejo de tristeza que contrastaba con la alegría y barullo que a su alrededor reinaba.

—Tienes razón, Berta... Vamos a sentarnos sobre la "pelouse" en un extremo del Parque; allí no habrá nadie, pues hoy todos piensan en divertirse.

—Vamos, Artinelli.

Cogidos por el brazo, los amantes atraviesan el Parque en su sentido longitudinal y llegan a una extensa pradera, destinada a esparcimiento y solaz de los niños que acuden todos los días de asueto con sus criadas y deudos a respirar el aire oxigenado del campo.

Llegan Berta y Artinelli al césped.

—Ya ves—dice él—, aquí no hay un alma.

—La gente empezaba a marearme. ¡Tanto barullo!

—¿Sentémonos aquí sobre la alfombra?

—Sí, Artinelli; aquí estaremos muy bien y podremos hablar de nuestros proyectos en la intimidad.

—Ven, siéntate aquí, en esta alfombra.

—Y tú a mi lado... Así... ¿Qué bien!... Eh?

—¿Qué felicidad, Berta-María, si siempre y con toda libertad pudiera vivir a tu lado... Pero así, teniendo que fingir constantemente... no es vivir.

—Ya lo comprendo, Artinelli... Disimulemos durante algún tiempo; ¿quién sabe si nuestra situación se arreglará...?

—Lo veo difícil. Bos te ama. Está loco por ti.

—¿Loco? tienes razón... Y si supiese que yo le hago traición sería capaz de cometer una barbaridad.

—No lo sabrás; tú no se lo vas a decir, ni yo tampoco.

—Yo procuraré disimular cuanto pueda y tú debes hacer lo propio. Delante de Bos no deberías ni mirarme.

—¿Es tan difícil, Berta-María, eso que me pides?... ¿No mirarte?... ¿No comprendes que es imposible?... Tú constituyes la única ilusión de mi vida, Berta; sin mirarte, sin tenerte ante mis ojos constituyo la noche del alma, mi ceguera espiritual... Tu vista es la alegría de mi corazón, la vida de mi espíritu. ¿Comprendes?

—Sí, Artinelli; pero es conveniente ser prudentes, pues si Bos descubre nuestros sentimientos sería terrible: moriría de pena o una manera.

—Disimularé... Pero esta nuestra situación es insostenible. Tú, más que de Bos, eres mía, mía solamente. ¿Cómo quieres que yo viva tranquilo sabiéndote en los brazos de un hombre a quien tú no amas, que no puedes amar y que, además pertenece a otra mujer? Legalmente no puedes ser de Bos, sobre todo no amándolo.

—Lo quiero como a un protector. No he sentido por él el cariño que tú me has inspirado y él sólo un afecto filial.

—Sin embargo, tú vives con él maritalmente.

—Porque las circunstancias de mi vida, mi abandono y soledad me llevaron a él: siento hacia Bos, que me ha escogido y sacado de la miseria, un sentimiento de fidelidad, algo así como el apego de un can por su amo de quien recibe un mandrugo de pan.

—Pero esa fidelidad, basada más que en el cariño en el agradecimiento, ya se la has pagado con carices y en una moneda que él no merece.

—Fue mi destino, Artinelli, que me llevó a tus brazos. Nunca había conocido el amor...

—¿Nunca?

—Hasta el día en que te conocí... Al verte te amé; y si me resistía a caer en tus brazos era

más por agradecimiento hacia mi protector que por amor a Bos... ¡Compréndeme!

—Sí, Berta-María... Te comprendo: Bos es como tu padre, tu amo, y yo...

—Tú eres la luz de mis ojos; la alegría de mi espíritu; el sol de mi vida; la vida de mi alma; el alma de mi ser...

—¡Berta, amada mía!

—¡Tuya, sólo tuya seré!... ¡Te lo prometo!

—¡Huyamos lejos, muy lejos!... Donde nadie pueda estorbar nuestros amores, y serás mi esposa.

—¡Oh!... ¡Artinelli, qué felicidad!

Hablaban ambos más que sentados, tumbados sobre la crecida hierba, con las caras casi pegadas, lo cual les daba ocasión de subrayar las frases promisoras de amor, con antecios de sonoros besos y apretados y prolongados abrazos, favorecidos por una soledad absoluta. Sólo la luna que brillaba aquella noche en su pleno fué testigo de aquel idilio, cuyo final—¡ah, el final ya lo adivina el lector!—fué el complemento de aquella noche de amor.

CAPITULO OCTAVO

¡Es un ángel!

Bos se había retirado a su dormitorio a las doce de la noche.

Al llegar a su habitación, que era también la de su amada Berta-María, contempló el le-

cho de ella, sobre el había dejado aquella su suite de cama. Bos lo contempló con aire entristecido, se acercó a él y lo besó.

Un suspiro profundo surgió de su pecho. "¿Qué hará ahora Berta-María?"—pensó, y miró el reloj... "Las doce y cuarto... sí que tarda... La esperaré."

Se pasó durante más de una hora con el espíritu poco tranquilo y el pensamiento fijo en la amada, preocupado de su tardanza que a él le pareció excesiva... ¡El que espera desespera!

Y Bos, cansado de tanta esperar, prefirió hacerlo acostado.

Se metió en cama e hizo por dormirse, pero en vano: no podía de ningún modo conciliar el sueño.

De vez en cuando abría la luz: las dos, las tres... y Berta no llegaba... Al fin, el mucho velar y el cansancio del día cerraron sus párpados.

Y soñó... que Berta le engañaba con Artinelli.

Eran las cinco de la mañana cuando Artinelli y Berta llegaron a la pensión.

Subieron, sin meter ruido hasta el piso en que ambos tenían su dormitorio.

Al llegar frente a la puerta del de Artinelli, se despidieron en voz muy queda.

—¡Que descanses, Berta!

¡Igualmente!

Y se besaron con pasión.

Andando de puntillas, Berta-María penetró en su dormitorio, es decir, en el de Bos. En-



—¡Por Dios, Artinelli!... ¡Dílenle! (pág. 34)

cendió la luz. Miró a su compañero pensando: "¡Pobre Bos!... ¡Si supieras...!"

Mientras se desnudaba, y sin que ella lo notase, Bos abrió los ojos, y escuchó atentamente el rostro de su amada, luego dirigió su mirada al reloj: ¡las cinco y diez!... y se estremeció.

Volvió a cerrar los ojos, fingiendo dormir, sin querer hablar con su amada Berta por temor de exteriorizar su resquemor o su duda.

Ella se acostó. ¡Imposible le fué dormir!... El idilio sobre el césped la tuvo desvelada hasta bien entrada la mañana.

El sol estaba ya bien alto cuando Bos se vistió. Se acercó al lecho de Berta-María y ésta abrió los ojos, disimulando su reacción con una sonrisa.

—Berta—le dijo Bos en un tono que estaba bien lejos de ser cariñoso—, ¿ya sabes a qué hora has venido de la fiesta de la Primavera?

—Ya sabes lo que sucede cuando hay baile... Nadie se acuerda de volver a su casa.

—Eso está bien para quienes salen en compañía de su esposo...

—Pero, Bos, si tú me autorizaste a salir con Artinelli.

—Bien, no hablemos más de este asunto. Duérmete que debes estar bien cansada.

—¡Qué bueno eres!—y extendió sus brazos que se entrelazaron al cuello de Bos.

Aquel beso hizo sonreír de placer al atleta y borró el mal rato que su amada le había hecho pasar, esperándolo.

Al salir de su cuarto, Bos murmuraba: "¡Es un ángel!",

CAPITULO NOVENO

La revelación

A la hora del aperitivo, la mayor parte de los artistas del "Winter Garten" se reúnen en el "Café Imperial".

Bos y Artinelli, juntamente con el agente Kler y otro artista "jongleur" de la misma compañía, hallábase sentados alrededor de una mesa, y al mismo tiempo que toman el vermouth, pierden miserablemente el tiempo jugando a los naipes. Nunca Bos estuvo ni tan amable con Artinelli, ni de tan mala suerte.

Bos no daba con un triunfo.

—Amigo Bos—le dijo Artinelli—, debes tener mucha suerte en el amor.

—Así debe ser si no miente el proverbio.

—En este momento, prefiero ser afortunado en el juego.

—Yo también si lo jugado fuese una fortuna; pero consistiendo en la mezquindad que puedo perder, prefiero lo otro...

—El que no se contenta... adelantó Kler.

Y cerca de la mesa donde jugaban los citados artistas, sentado a otra, se hallaba un joven alto, un excéntrico musical, también del "Winter Garten", llamado Otto.

Este miraba de reojo a los cuatro jugadores con aire malicioso y, de vez en cuando, se inclinaba sobre la mesa de mármol y con un lápiz dibujaba.

Terminaron de jugar los del grupo Bos-Artinelli, y Kler se despidió de ambos, disponiéndose a marchar, mientras sus tres compañeros proseguían hablando, en tanto a pequeños sorbos iban apurando sus copas de vermouth.

Kler, al pasar al lado de Otto, el solitario dibujante, se inclinó sobre la mesa donde aquel horroneaba.

—¿Qué haces, Otto?

—¿Ve usted!—dijo en voz muy queda, y señalaba una de las figuras—. Esta es Artinelli y ésta es... ella, la otra Artinelli.

—¿La de Bos?

—Sí, la de Bos, Berta-María.

Y al decir esto, el satírico dibujante escribió sobre las dos figuras que parecían acostadas en la hierba los nombres que había pronunciado.

Mientras Otto hablaba con Kler, uno tras otro, fueron rodeando a aquél varios amigos y conocidos de los protagonistas de esta novela... Otto proseguía:

— Así los vi la noche pasada en el Parque de los Tilos.

Todos los que admiraban el dibujo se iban separando con una sonrisa maliciosa en los labios.



—Basta, amada mía! — Tuya, sólo tuya será. (pág. 44)

Kier se fué también murmurando: "Era de prever; pero no creía que esto sucediera tan presto".

Y de boca en oído fué corriendo la voz entre los amigos y conocidos de Los tres Artine-

lli de que ella, la más hermosa de las artistas, se la pegaba a Bos en beneficio del joven Artinelli.

Al fin éste y Bos se levantaron; al ver lo cual y para no ser sorprendido infraganti, Otto se levantó también, requirió su sombrero e hizo que se marchaba, ocultándose en un rincón de la sala, para ver el efecto que el pasquín producía en el interesado.

Los enterados del dibujito que Otto dejada en el mármol de la mesa, seguían con la vista a los dos personajes que el lápiz del excéntrico ponía en evidencia.

Los dos Artinelli, muy alegres y con gran campechanza, salieron de la sala del café, pasando al lado de la mesa de referencia sin fijarse en el dibujo.

Al llegar a la escalera, Bos dijo a su compañero:

— Me he dejado el bastón... Puedes irte... Vuelvo a buscarlo.

Volvió Bos a la sala, tomó su bastón y al pasar al lado de la mesa donde Otto había dibujado la escena de la "pelouse", un camarero empezaba a limpiar el dibujo de referencia; pero al ver a Bos lo escondía con el trapo. Esto llamó la atención del atleta quien levantó el trapo y vióse ridiculizado en aquella mesa.

— ¿Quién ha hecho esto?... ¡Pronto!—pro-

nunció Bos furioso, agarrando fuertemente al camarero.

Este murmuró espantado:

—¡Otto, Otto fué!

Bos dió tan tremendo empujón al camarero que, de poco, ca con sus huesos en el suelo...

Otto vió la escena y bajaba precipitadamente la escalera; pero Bos le siguió, le alcanzó al final de ella.

Agarróle por el cuello en alemán amenazador:

—¿Has dibujado tú *aquello* en una mesa del café?

—Yo... ya le diré...

—Pronto, habla, si no te estrangulo.

Le juro, Bos, que es verdad. Les vi anoche juntos...

—¿Dónde?

—En el Parque de los Tilos.

—¿Juntos?

Juntos y abrazados, tumbados en la hierba...

—¿Y qué más?... Habla, habla.

Y al decir esto Bos sacaba espumarajos por la boca y se le salían las pupilas de las órbitas.

—Se besaron.

—¿Júramelo!

—¡Lo juro!

—Está bien... Eres un miserable—y le dió tal empujón que le hizo rodar por el suelo.

Bos volvió a su casa, o sea a la pensión, pálido, deshechado, con la cabeza gacha y con el alma envenenada de venganza.

En su espíritu centelleaba una sola idea: ¡Venganza!

Aquel día, durante la comida, no obstante el estado de su alma, Bos se sobrepuso y disimuló; si bien no podía evitar de examinar de tanto en tanto a los dos autores de su desgracia.

Berta-María—que sabía que durante la hora del "vermouth" su hombre había perdido en el juego, pues los minutos que precedieron a su llegada, los aprovechó Artínelli para entrevistarse con ella—, atribuyó la tristeza de Bos a aquel percamor.

CAPÍTULO DECIMO

Los trapecios de la muerte

Durante el resto del día, Bos meditó en su venganza, sin hacer comprender el estado de su alma torturada a los culpables de su terrible desgracia.

"Trapecios de la muerte" se llaman en los carteles a los en que trabajaban "Los Tres Artinelli".

"Trapecios de la muerte" serán hoy!"—pensaba Bos.

Llegó la hora de la actuación de los "Artinelli". Berta y su amante se hallan ya en el escenario cubiertos con sus abrigos. Bos se halla aún en su camerino vestido ya, y acodado en su mesa tocador con la vista fija en un punto invisible: en su venganza.

Berta y Artinelli se miran sonrientes. Esto se frota las manos con un trapo empapado en

polvos de talco. Al pasárselo a Berta-María la aprieta las manos con cariño.

Este apretón ha sido sorprendido por Bos que acaba de salir de su cuarto; pero disimula.



—Amigo Bos, debes tener mucho sueño en el amor... (pág. 48)

Suena el timbre. Se levanta el telón y los Tres Artinelli saludan y se dirigen en medio de grandes aplausos a las cuerdas por donde deben subir a sus trapecios.

Digamos, ante todo, que cuantos están al corriente de la traición de Berta y Artinelli no

faltan en la sala, convencidos de que aque-
lla noche, en el "Winter Garden" se consumaría
una tragedia.

Empezó el ejercicio de la muerte.

Bos ardía en una sed de venganza. Se pasó
cabeza abajo. Artinelli se arrojó desde su tra-
pecio y se suelta para que Bos le coja por la
muñeca... Quienes están al corriente de la bur-
la sangrienta de Artinelli, respiran con el al-
ma en un hilo... Sin embargo, Bos ha aguar-
dado al traidor y burlador de su honra y le ha
librado de una muerte cierta.

—Si conociésemos los sentimientos que ful-
guraban en el espíritu del atleta, comprendería-
mos por qué no aprovecha de su trabajo para
arrojarle al abismo!

—No, no— piensa Bos—, esto sería una muer-
te demasiado honrosa para ti, perro. ¡Morir
como mueren los traidores, los ladrones de
honras!

Terminaron su trabajo sin novedad, en me-
dio de una ovación estruendosa.

CAPÍTULO UNDECIMO

La venganza

A la mañana siguiente, Bos fue al cuarto
de Artinelli. Su faz dibujaba las huellas de un
terrible sufrimiento; llevaba esterotipada la
amargura más honda y más terrible.

—Sin hablar, Bos cerró con llave que se metió
en el bolso.

—¡Hola, Bos!— pronunció Artinelli amaga-
blemente.

Bos, sin contestar le dirigió una mirada hor-
rífica que llegó al alma del traidor; pero éste
disimuló y señalando unas copas y un servicio
de "whisky" que tenía encima de una mesa le
invitó siempre en el mismo tono amable:

—¿Un "whisky"?

Bos seguía con su penetrante mirada.

—¿Con soda?— insistió Artinelli—. ¿No?...
Un cigarrillo?

Por toda contestación, Bos sacó de su bolso

dos cuchillos de caza y dijo con voz cavernosa, arrojándolos al suelo:

—¡Coge uno y defiéndete!... ¡Uno de los dos estamos de más en el mundo!



—¿Has disuclado tu aquello en una mesa del café? (pág. 55)

—¡Bos!... ¡Te has vuelto loco!

—Te doy un sólo minuto para que te defiendas... Después, si no lo haces te abriré una puerta para que tu alma huya de ese cuerpo miserable... ¡Defiéndete!

Artinelli reculó temeroso hasta un extremo de la sala.

—¡Defiéndete, digo!... Ya trascurrió el minuto.

Bos se inclinó, agarró un cuchillo y dijo:

—¡Prepárate a morir!

Y avanzó hacia él.

Artinelli agarró el cuchillo que estaba en el suelo para defenderse...

Un segundo después, Bos quedaba vengado... Artinelli yacía en tierra con el corazón atravesado.

Con paso lento Bos volvió a su cuarto. Allí estaba Berta María.

Bos: ¿qué tienes, qué te pasa?

Vete con tu amante... Le acabo de matar... Está en su cuarto.

Berta, atorada, corrió a la habitación y sobre el cadáver de su amante lloró su desventura.

Epílogo

Al llegar Bos a este punto de su relato, el Director del Penal estaba profundamente emocionado; aquél Boraba. El Director, secándose una lágrima que buscaba por salir de sus pupilas, consoló al penado:

—Vamos, no llores más; tú no eres un criminal.

—El resto de mi triste historia ya lo conoce usted: yo mismo me presenté al Juez... Confesé mi crimen y fui condenado.

—Recuerda, Bos, que el verdadero amor ha estado ahora, como siempre, en tu verdadera esposa y no en la aventurera a quien protegías y que te traicionó. Berta te ha olvidado; en cuanto a tu esposa, ella te abre las puertas de la cárcel y las de su corazón; te esperan ella y tu hijo.

—¡No lo olvidaré!

Media hora después, Bos salía convertido en otro hombre de su encierro, y se dirigía a casa de su esposa e hijo donde halló la paz para su espíritu y el verdadero amor de la familia que nada puede substituir en este mundo.

FIN

RECORDAD ESTOS NOMBRES:

Tom Tyler- Chispita - "Vivales"

serán los protagonistas del primer número de

CUENTOS CINEMATOGRAFICOS



Cada número un cuento completo

Cada cuento **diez céntimos**



BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"



VOLUMENES A 25 CÉNTIMOS

Núm.	TÍTULO	Protagonista	Postal
2	No se fie de las apariencias	Lili Dagover	M. Pickford
3	Guizado con la curva	E. Chadwick	Lili Dagover
4	El León de Venecia	Olaf Fjord	M. Bellamy
5	Rusneño	Sigmund	A. Ronne
10	Las esposas de los pobres	H. La Mare	E. Chadwick
11	El Signo del Zorro	D. Fairbanks	D. Fairbanks
12	Las dos niñas de París	S. Mchranoff	Mary-Douglas
13	Nathan el Sabio	Bella Murnay	Sandra y Jim
14	La Huertanita	Boots	Dorothy Gish
15	Clarita May	Bessie Love	Bessie Love
22	Pecunia y encontrada	A. Moreno	A. Moreno
26	Manirita, cradillo de leyenda	H. Joubé	R. Joubé
27	El velo de la diosa	Sandra Vatta	C. Windsor
28	Nellie, la bella modelo	C. Winsor	Mae Murray
30	Como son los hombres	R. Sweet	H. La Mare
34	El Caballero de la Pesadilla	Mosjoukine	Mosjoukine
36	El regreso de Cyclone Smith	Bella Pola	Bella Pola
37	Dorothy Vernon	M. Pickford	M. Pickford
38	La Ley de la Hospitalidad	Pamplina	Pamplina
39	Viva el Rey!	Chingilin	Chingilin
41	Locura de juventud	Mia May	Mia May
42	Historia de un dólar	Tom Moore	Tom Moore
44	Velada por su hijo	A. Bandin	André Rolano
46	Amor que vence al amor	B. Conception	B. Conception
47	Los tres Mosqueteros	D. Fairbanks	D. Fairbanks
48	Tony	Tom Mix	S. Mason
51	Vida de los artistas de cine	J. Hill	W. Rola
55	La gitana blanca	R. Muller	R. Muller
56	La infamia	Hella Moja	Hella Moja
57	El Nuevo Voz de América	M. Davies	M. Davies
60	El caballero de media noche	K. M. Donald	K. M. Donald
61	El valiente valiente	Bathelme	D. Munk
62	La mujer inmortal	H. Compson	G. Walsh
63	Monies	P. Dinella	P. Dinella
64	La modistilla	L. Taylor	P. O. Miller
65	La novia del legionario	Chinella	M. Rosky
66	Con el amor no se juega	L. Bernhardt	L. Bernhardt
67	El Rey en el reino	R. Heribol	R. Heribol
68	Grandeza de humildes	M. Prevost	M. Prevost
69	Madre adúltera	C. Dorrel	R. Davlry
70	El Santuario del Amor perdido	Guarud Nagei	S. Chaplin
71	El Chico	Charlot	Les de Putti
72	La Linda rubia	Mary Mont	H. Makouska
73	La Haina del genio	H. Hampton	H. Hampton
74	Judex	R. Navarre	R. Navarre
75	Nueva misión de Judex	R. Navarre	G. Biscot
76	El mimado de la abuela	H.	25

Núm.	TÍTULO	Protagonista	Postal
77	Yo pecador	L. Stone	L. Stone
78	Bajo la máscara	Cyrena	Cyrena
79	La rosa de París	M. Philbin	Baby Peggy
80	Por el recuerdo de un beso	B. Blythe	Betty Blythe
81	Tony	Bertini	Bertini
82	El rey de los corsarios	Jean Angelo	K. d'Albain
84	La enigma	Louise Glau	R. Bouet
85	En alas de la gloria	Mary Astor	Bébé Daniels
86	El maragante	Pamplina	A. Stewart
87	Avantista	Zsuzi Pitts	R. Bayne
88	Los ángeles del hogar	B. Balze	Monte Blue
90	La dama de la noche	N. Shearer	N. Shearer
91	El árbitro de la elegancia	J. Hartmore	V. Vail
92	¡Que sign la danza!	G. O'Brien	G. O'Brien
93	Barroca infamable	Alce Jacey	G. Walton
95	Segunda juventud	E. Boardman	C. Nagel
96	Los peligros del físi	Monte Blue	N. Koranto
97	Dick Turpin	Tom Mix	T. Chadwell
98	Su hora	A. Pringle	Jack Duffy
101	En el último peñón	V. Vail	R. Adoré
102	La coqueta casada	P. Frederick	H. Heber
103	La mujer comprada	A. Hubert	H. d'Algy
104	El corazón manda	Viola Dana	Alce Jacey
106	Compañeros de día	Aetel Holm	Leon Channy
107	Por mandato de su hijo	W. Louis	G. O'Brien
108	La boda de Rosina	Seyan	W. Berry
109	El secreto de familia	Baby Peggy	P. Frederick
110	Entes vivos anda el juego	Leon Channy	R. Larnoy
111	El pecador errante	G. Halston	L. Lagen
112	La calle de los ricos y los pobres	A. Menon	Robina
114	Los huérfanos de la nieve	Nido de las	Walter Hiers
115	Discreción	Clara Bow	L. Laplante
116	El espectro de Oriente	Frank Mayo	J. Kerrigan
117	La tierra en manos	Lyn de Putti	M. Home
118	Mañana en los infiernos	Marjorie	A. Monjon
119	La triste aventura	Bert Lytell	J. Halston
120	El día me solara	Max Linder	H. Potars
121	El Niño de las Manjitas	M. Astor	Marjorie
123	Bondad	R. Roberts	Clément Dix
124	El mudo mandato	Alma Tell	Agnes Ayres
125	Don Q, hijo del Zorro	D. Fairbanks	W. Emman
126	La jornada de la muerte	Tom Mix	M. Astor
127	La pequeña Anita	M. Pickford	Bert Lytell
128	La Desdichada	Julia Roche	Jack McHall
129	La Quincea del Oro	Charlot	J. Helbling
130	Rosa del Campo	C. Trich	Joel Gibson
131	El escarabajo de la villa	Betty Blythe	E. Purvance
132	Guando el amor nace	Clara Bow	Fairbanks, hijo
133	Un disparo en la noche	Irene Rich	Naximova
135	Enemiga de los hombres	Dorothy Boyer	Lillian Rich

SELECCIÓN DE BIBLIOTECA FILMS

Núm.	TÍTULO	Protagonista	Postal
	Rosita, La Cantante Callejera.	M. Pickford	LINA PEASE

VOLUMENES A 50 CENTIMOS

7	La Rosa de Mianes	R. Meller	R. Meller
21	La Bracha del Inferno	C. Veronesi	C. Veronesi
35	Koenigsmark	H. Daffus	J. Castelán
49	Los dos pilloles	J. Forest	L. J. Forest - L. Shaw
82	Como Ex Juan de Sarallanga	Fay Compton	M. Phillin
88	Conciencia contra ley	M. Varzevsky	M. Varzevsky
93	El lobo de París	H. Bandin	Signoret
98	El Abuelo	M. Ribes	A. Roberts
104	El bien perdido	Alice Joyce	R. M. Koo
112	La madre de todos	Mary Carr	R. Love
122	Ronda de noche	R. Meller	N. Talmadge
134	El último entrón	Vera Reynolds	Gerardo Cortes
145	Rosa viciosa	Chiquilin	Max Baech

FILMS DE AMOR

VOLUMENES A 50 CENTIMOS

Núm.	TÍTULO	Protagonista	Postal
1	El templo de Venus	M. Phillin	M. Phillin
2	La tierra prometida	R. Meller	Tina Meller
3	Sacrificio	Fay Compton	Fay Compton
4	Las arrugas de la duda	Leda Ols	Capozzi
5	Reporte de Heaven	Lew Cody	Himmelsheim
6	El caso de la muerte	Cyrena	Alice Terry
7	La esposa comprada	Alice Terry	J. Farrell M.
8	El momento de la gardera	G. Jaquet	M. Harris
9	Duda, el Profeta de Asia	Himmelsheim	P. Marinoni
10	La princesa que amaba al amor	A. Manzi	L. La Plante
11	La hija del Sargento	Nora Gregor	Clare Winsor
12	La Fiera del Mar	I. Barry ore	D. Denro

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

ENVIAMOS CATÁLOGO GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franco de gastos.

BIBLIOTECA FILMS Valencia, 254 BARCELONA

LEA USTED nuestros últimos
grandes éxitos en

BIBLIOTECA FILMS

FILMS DE AMOR

LA FIERA DEL MAR

por JOH V. BARRYMORE

ROPA VIEJA, por CHLOE LEE

EL ÚLTIMO CORREO

por VERA REYNOLDS

LA MUJER QUE SUPO AMAR

por DORIS KENYON

LA PRUEBA DEL FUEGO

por BLANCHE SWEET

FALSTO, por EMMET JENNINGS

VARIÉTÉ o ÁGUILAS HUMANAS

por E. JENNINGS y LYA DE PHIL

**LA MEJOR LITERATURA
LOS MEJORES FILMS
LOS MEJORES ARTISTAS
LOS MEJORES ASUNTOS**

¡¡ FÍJESE LISTED Y COMPARE !!

SOLO CUESTAN 50 céntimos

ENVIAMOS CATÁLOGO GRATIS

Servicio número cuatro, pague usted del importe en sellos de correo

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

Biblioteca Films - Valencia, 234 - Barcelona